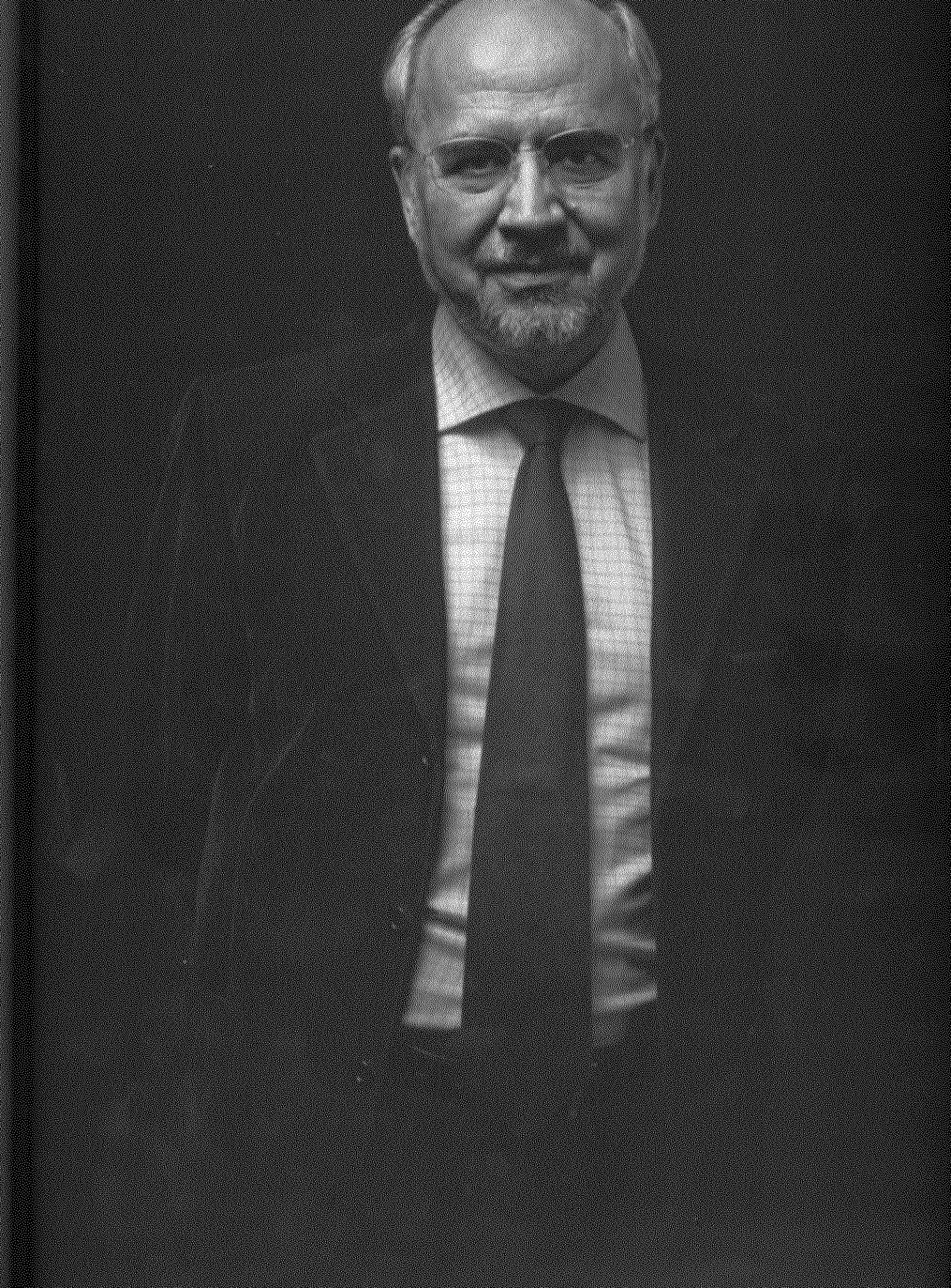


LORENZO

Meyer.

POLITÓLOGO Y ANALISTA POLÍTICO.
CIUDAD DE MÉXICO, 1942.



EL AÑO 1988 no es más que la consecuencia de la crisis económica de 1982 que a, su vez, es el fin no sólo de un modelo económico, sino de una visión de México, que tenían tanto la clase política como la élite del poder en general. Cuando llega esa crisis al final del sexenio de José López Portillo, se cierra un modelo económico que tenía como meta, a un plazo entre mediano y lejano, hacer de nuestro país una sociedad basada en su propio mercado interno, en su industria; una modernización que se nutrió de la visión nacionalista que tenía la clase política mexicana a partir de Lázaro Cárdenas y de la segunda posguerra mundial. Era una visión en la que había algo de seguridad, de confianza en ese grupo político que no se ponía a pensar en cómo sustituir el sistema autoritario en el que estaba montado, sino que creía posible que con el desarrollo económico se fuera arreglando sobre la marcha, sin muchas crisis, el problema político central de tener un sistema formal democrático y un sistema real autoritario. Pero en 1982 ese éxito se desvanece. La primera mitad del gobierno de Miguel de la Madrid es una búsqueda desesperada por recuperar la normalidad perdida; la segunda, por empezar a desmontar todo y buscar un nuevo modelo. En 1988, con Carlos Salinas, deciden ir por la transformación económica, no por la política, y si tenían éxito en aquélla, la transformación política vendría con el tiempo. No lo quisieron enfrentar.

Su problema inicial es que hay una insurgencia electoral. Creo que deberían haberla previsto, pero se ve que no estaban del todo preparados; los tomó por sorpresa. No sé qué esperaban de los mexicanos, que siguieran comportándose como antes, con cierta indiferencia o resignación frente a la política después de los golpes tan duros que les dieron durante seis años; pero la presencia de Cuauhtémoc Cárdenas es el catalizador que hace que empiece

una insurgencia cívica que no tenían pensada, que no sabían cómo atender y que resolvieron mediante el fraude. El fraude acentúa la ilegitimidad del sistema. La legitimidad se había logrado por vía de la gestión, no por vía de la democracia; porque eran buenos para gestionar la economía, las políticas sociales, las ayudas a los grupos más populares, más importantes en lo económico, y aquí se les hizo bolas el engrudo, provocando un aumento neto en la ilegitimidad. Hay una pérdida de poder del sistema. A Cuauhtémoc y a los suyos se les logra neutralizar mediante el fraude; no hay una respuesta violenta (era difícil que la hubiera) y entonces se acelera la creación de una imagen del gobierno de Salinas de que va a ocurrir una revolución, pero una revolución económica que recuperará la energía vital del sistema, para permitirle ir actuando lentamente, en un calendario nunca especificado; quizá con el paso de los años México podría llegar a ser una democracia real. Pero el problema no era ése, sino reinyectar en la economía la energía perdida. En ese momento, los países dominantes del mundo occidental y Japón estaban decididos a cambiar, a mandar responsabilidades del Estado al mercado para quitarle una gran presión y legitimarse. Salinas entra por la puerta de atrás al mundo central, se monta en una ola, que desde luego no encabeza. Va a cambiar totalmente el modelo, el proyecto del país, lo va a hacer más una economía de mercado, va a abrirla para integrarla a la globalización y decide sacrificar la parte fundamental de la política exterior de México, que era haber logrado una independencia relativa de Estados Unidos; ése es el precio, la moneda con la que va a pagar la nueva fórmula económica que sería el TLC. No más independencia relativa de Estados Unidos, sino todo lo contrario, un acercamiento hasta casi hacer una simbiosis. Esto va a salvar a la clase política a la que él en-

cabeza y, sin ningún remordimiento, sin ningún pudor, se lanza a una negociación primero secreta, luego abierta. Veo a México como el barco que se va desmantelando a sí mismo para alimentar las calderas y seguir su marcha. La contradicción política fundamental entre su marco legal democrático liberal y su sistema real de poder autoritario y de partido dominante se resuelve quemando partes de este barco nacional. Vende las empresas estatales y eso le da de momento recursos; a la larga hará más pequeño el Estado, usará el Pronasol para aguantar las reacciones inmediatas, el descontento de las elecciones de 1988 y el fracaso del PRI —nunca sabremos la magnitud del fraude—, y se valdrá del Estado que creó la Revolución; lo va a meter a la caldera, lo va a quemar para que el barco llegue al puerto que Estados Unidos provea y ahí lo va a reconstruir. Estados Unidos no le pide cambio político, le pide cambio económico. Salinas está dispuesto, hay una coincidencia de intereses y marcha del 88 al 94 con este nuevo proyecto. Veo entonces el año 1988 como un momento de crisis de todo el sistema y de todo el proyecto nacional, en el que la clase política encabezada por Salinas se juega el todo por el todo para salvarse a sí misma; salvarse ellos como clase, luego a su sistema político y, por último, si se puede salvar al país, es ganancia, pero en primer lugar era salvarse a sí mismos.

El componente político a partir del fraude es una variable fundamental para la recomposición institucional del Estado mexicano, a partir de la legitimación del PAN hacia el gobierno de Salinas. Se abren espacios a la competencia política, se reconocen triunfos electorales. Van de la mano Salinas y el PAN para cumplir cierta agenda identificada más con el PAN, como los temas del ejido y las iglesias. Es el desmantelamiento de la nave posrevolucionaria. Pero aquí el punto es con quién... El PAN es

la oposición conveniente, la oposición cómoda. Había estado ahí desde el principio, desde 1939, y había estado predicando en el desierto. El PAN no hizo nada más que estar ahí cuando el sistema se descompuso. Es como el mecánico que está ahí en la carretera cuando de repente se descompone el auto. Pudo no haberse descompuesto el carro y pudo el PAN haberse quedado ahí en la carretera, diciendo: "Se hacen talachas políticas" y en la brega eterna, pero en ese momento se dio esa coincidencia. El sistema entra en crisis interna y necesita a alguien dispuesto a ser el aliado conveniente. Ése es el PAN y ésa es la Iglesia. Es que la élite del poder, no la política, sino el grupo que controla el capital, la cultura, las universidades, las televisoras, las fórmulas que envuelven a todos los grupos de liderazgo intelectual, económico y religioso en México, no ve en este cambio nada que sea de temer; al contrario, le van a cobrar a la clase política sus estupideces y su corrupción. "Ah, necesitan alguien que los salve; muy bien, nosotros los salvaremos, vamos por la derecha todos, pero ustedes me van a dar algo, van a compartir con nosotros el poder". La salvación tiene su costo, la Iglesia y el Vaticano requieren ser reconocidos, el PAN exige deshacer el ejido y el reconocimiento de triunfos que por la vía del fraude les habían quitado; el fraude contra el PAN no, el fraude contra la izquierda sí, porque en eso el PAN y Salinas tienen el mismo interés: que el fraude se haga sobre los bueyes de mi compadre, la izquierda. La izquierda es el engrudo necesario para que Salinas (más que el PRI) y el PAN se unan por la supuesta modernización económica y lo que también se dijo sería una modernización política. Es una modernización a medias, porque la democracia en su sentido profundo, aunque conservador, es la competencia entre proyectos sustantivamente distintos; aquí no van a competir proyectos dis-

tintos; van a competir proyectos iguales, dos caras de la misma moneda. Por eso Ernesto Ruffo Appel sale como el primer gobernador panista en Baja California en 1989, pero es un gobernador salinista también.

No hay duda de que Salinas y su grupo son muy inteligentes, muy maquiavélicos en el sentido puro del término. Lo que querían era recuperar el poder que se les estaba yendo, asentarlos de una manera más sólida, y qué mejor que asentarlos en Estados Unidos, en la Iglesia católica, en los grandes capitales mexicanos, a costa de sacrificar a los pequeños. México es una confusión bien aprovechada por el salinismo y por el mundo externo, ¡lo aplaude a rabiar el mundo entero! Salinas se convierte en el espejo de príncipes, es el ejemplo a seguir. Toda América Latina, todos los países periféricos deberían seguir a Salinas, es el gran ejemplo, es el modernizador, se dice además demócrata, que está disminuyendo ese Estado autoritario que heredó de la Revolución: "Lo estoy haciendo chiquito y así habrá oportunidad para la democracia, pero qué digo que va a haber oportunidad, ya está, miren Baja California, miren a Diego Fernández de Cevallos y a Carlos Castillo Peraza, son opositores desde 1939, vean qué bien vienen y yo acuerdo con ellos. Ésta es la democracia, esto es Estados Unidos, demócratas y republicanos en unos momentos difieren y en otros momentos centrales cooperan. El PRD es en realidad un residuo de un México que ya no existe; ya no hay lugar para ellos, son el pasado". Oiga, pero es que dicen que los están matando. ¿Cuándo? ¿Nosotros? "No, nosotros somos muy respetuosos, a ellos los margina la sociedad misma." Entonces la élite del poder, con las televisoras a la cabeza, marginan a la oposición de la izquierda, ensalzan a la oposición de la derecha; Estados Unidos apoya y Canadá también.

Sin embargo, Salinas termina muy mal y tiene un año terrible que es 1994: Luis Donald Colosio, el cardenal Posadas Ocampo, Francisco Ruiz Massieu, los zapatistas. Hay un conjunto de acontecimientos que marcan definitivamente el fin de su sexenio. ¿Qué significa todo eso para la construcción de la democracia en México? Lo que va a entrar en crisis es el propio modelo económico, porque no salió bien. Lo que el vendió fue la idea de que México iba a volver a crecer espectacularmente y México no creció; la economía en su conjunto no despegó. Ésa fue la promesa, quizá el autoengaño de Salinas, ahí ganó la ideología sobre la realidad. Probablemente pensó que íbamos a ir igual que Estados Unidos, pero no fue así; es decir, éramos pobres, pero la brecha no habría aumentado de haber sido cierta la promesa, pero ahí está el fracaso del modelo salinista. No se cumplió. Eso lo aprovecha con audacia, con imaginación, con muchos pantalones y muchas faldas el zapatismo, que le dice: "¡Rey Salinas, está usted desnudo! ¡No es cierto lo que se dice en Estados Unidos! ¡No es cierto lo que dicen todos! ¡No vamos!" Eso es lo que Salinas tiene que explicar y va a decir que el "error de diciembre" de 1994 no es suyo. Dirá lo que quiera, pero Ernesto Zedillo es el salinismo. El error estuvo en no devaluar en 1994, antes de la elección; pero si Zedillo gana con 50 por ciento de los votos emitidos gracias a que no se devaluó y a que se hizo una promesa falsa, ¿qué hubiera pasado si siguiendo la propia lógica económica se hubiera devaluado en 1993? Entonces viene la inflación y sus repercusiones inmediatas; la economía se hubiera ajustado un poco más y no habría sido tan brutal, pero no habría ganado Zedillo. Necesitaban otro fraude y no quiso hacer otro fraude tan descomunal porque de todas maneras es un partido de Estado el que va a competir en 1994... *¿Pero a partir de un asesinato del tamaño del de Colosio?* Creo que se puede

explicar desde dentro del aparato político, que alguien le puso una piedrota a Salinas para que no se siguiera la idea que ya había expuesto José Ángel Gurría, de que el grupo salinista seguiría hasta 2020. Debe de haber sido de dentro, pero quién sabe qué pasó, al final de cuentas es un problema interno. El problema del zapatismo no es interno; es el de una parte muy rezagada de la sociedad que sale y se expresa de esa manera.

Viene 1994 con Zedillo y todo lo que intenta remontar, la crisis derivada del "error de diciembre", sortear al zapatismo, enfrentar la crisis económica con ayuda de Bill Clinton y consolidar un marco electoral nuevo, que permitió al final de cuentas la alternancia en la Presidencia. Yo no veo a Zedillo distinto del resto de sus congéneres, del grupo de los tecnócratas. Le tiene una cierta aversión al PRI. Los priístas y los tecnócratas se educaron distinto, transitan por ámbitos que a veces coinciden pero no tienen ni el mismo lenguaje, ni los mismos gustos, ni la misma visión; los tecnócratas son de una atmósfera enrarecida muy arriba y los priístas están en un mundo más realista, más abajo. Desconfían los unos de los otros.

Zedillo consideró que el PRI ya no tenía salvación, que a la transformación económica tenía que seguirle la transformación política. Y decide que es un buen momento porque el relevo no va a venir por la izquierda, se sabe que para el 2000 la izquierda no tiene más de 16 por ciento de las posibilidades del voto. Entonces la cercanía entre PRI y PAN no es en realidad una opción, son dos caras de la misma moneda; gane quien gane, gana el mismo modelo, el mismo grupo.

El 2000 tiene una parte muy auténtica. El ciudadano mexicano por fin asoma la cara, se abre la posibilidad de una democracia política por la vía electoral. La democracia política es muy compleja pero comienza por lo electoral, entonces no era

mal principio en el 2000. Ahí hay una parte de la sociedad mexicana que quiso creer, a pesar de que las cosas no eran lo que parecían, y le creyó a Vicente Fox, que tenía un discurso muy sencillo, muy campechano, casi ranchero, bastante vulgar, pero totalmente comprensible para todos, para el joven de clase media, para el campesino, para el obrero: "Sacar al PRI de Los Pinos a patadas", era un discurso muy distinto del tradicional priísta. Fox era muy efectivo, muy epidérmico, y el discurso del propio Cuauhtémoc Cárdenas que vuelve en el 2000 parece un discurso viejo, un discurso muy similar al del viejo priísta. Fox tenía algo que se llamó frescura en ese momento. Luego nos dimos cuenta de que en parte era ignorancia y en parte eran ganas de creer, y del lado de Fox era irresponsabilidad, pero no creo que haya sido tan maquiavélico, como después puede parecer, el tipo que engaña sabiendo a dónde va; creo que no sabía a dónde iba y que no tenía ninguna idea. Me costó trabajo entenderlo así, porque yo no podía imaginar a un político tan irresponsable; creía que era una estrategia, que sí estaba pensado. Además ahí estaban Jorge G. Castañeda y Adolfo Aguilar Zínzer, quienes decían que sí había un proyecto, un proyecto de derecha en lo económico, es decir, sin cambios, pero también un proyecto de derecha democrático, así que ahí sí habría un cambio.

El cambio que no vino por la economía iba a venir por la política y en un país pobre, cuando se reseta el voto, el grueso de los mexicanos va a hacerse sentir, pensaba yo, estúpidamente, y no fue así. Muy pronto nos dimos cuenta de que Fox representaba a la derecha mexicana, que representaba estrictamente a los suyos, a un grupo muy pequeñito de mexicanos, con una mentalidad muy de clase media, que conocen algo del mundo exterior pero son muy superficiales, unos mexicanos que no conocen en realidad a México, ni física, ni intelectualmente.

Prometió una reforma política del Estado, de la mano de Porfirio Muñoz Ledo al arranque del sexenio. Creo que Muñoz Ledo sí tenía la idea y se la vendió, pero Fox compraba y desechaba a conveniencia; en el mismo día podía decir que sí a dos o tres posiciones distintas y a ver qué salía. *¿Nunca fue real esa posición de reformar al Estado a partir de la alternancia?* Con esa clase política y con esa dirigencia, no. Lo que México vivió en el 2000 es tan extraño, tan raro en nuestra historia; es un momento único de cambio no violento. México había cambiado y de manera profunda por vía de crisis muy violentas desde el siglo XVI. Ahora venía un tiempo de cambio sin tanta violencia, no pacífico porque el PRD pagó con sus muertos y el EZLN también, pero no tan violento. Era un momento único, básicamente pacífico, en que se despertó la imaginación: sí se puede ser democrático, sí se puede ser decente, sí se puede tener orgullo de que lo hicimos pacíficamente; somos democráticos, ahora vamos a acabar con la corrupción, vamos a hacer las cosas de frente, ya se acabó la brutalidad con que se ejercía el poder. Pero no fue cierto, de inmediato empezó a caerse a pedazos todo eso.

¿Le faltó a México algo similar al Pacto de Barcelona? Le faltó un acuerdo de fondo. La derecha conservadora no necesitaba de ese acuerdo explícito con el PRI de Salinas porque estaba implícito, pero cuando en 2006 se presenta la posibilidad de que la izquierda se haga cargo de lo que la derecha ya no pudo, la desconfianza es total, es la vuelta a la guerra fría, las mismas actitudes de la guerra fría. Aunque ya no existan ni la URSS, ni el socialismo real, la derecha actúa como si sí existieran; como ya no está la URSS entonces se utiliza a Venezuela. En 2006 se tiene la misma actitud sin que haya esa amenaza.

Para terminar con el sexenio de Fox, ¿qué reflexionarias sobre el tema de la corrupción, los deli-

tos del pasado y la relación con el PRI como referencia obligada? Que ahí el liderazgo armado de legitimidad hubiera apelado a la sociedad mexicana y le hubiera dicho: “Estamos en un gozne histórico y no es posible sostenerse nada más con su ida a los comicios en julio, los necesito diario, necesito que me apoyen con una lucha que tiene siglos, es un problema que está en el gen de la sociedad mexicana, vamos a echarnos esto y yo lo único que puedo poner es mi vida, me la juego, me arriesgo como otros dirigentes mexicanos, como Juárez, Madero, Cárdenas”. ¿Fox qué puso? No puso absolutamente nada, no quiso correr ningún riesgo propio de un estadista. Tenía la obligación moral de seguir con esto hasta el final, pero se comportó como un mediocre, como una gente chiquita, como gente de San Cristóbal. No estuvo a la altura, se colocó en una situación ridícula, francamente vergonzosa. Fue una oportunidad histórica para él personalmente, para pasar entre los poquitos; podía haber pasado dramáticamente, podía haber pasado gloriosamente y pasó ridículamente, mediocrementemente. Entre la gloria y la tragedia se quedó con la ridiculez de su matrimonio, de su esposa como asesora política. En fin, el mundo visto desde Zamora.

La elección de 2000 llevaba un mandato claro: que la transferencia del poder fuera diferente, que no hubiera más dedazo, que se respetara la voluntad popular, pero vino lo del desafuero y todo lo que pasó en 2006. Hablemos de lo que se hizo y lo que se dejó de hacer, para llegar al punto en el que estamos. Cuando llega la sucesión ahí ya está Fox chiquito, mediocre. Con el desafuero empequeñeció no solamente él, su presidencia, sino al país; lo puso a un nivel de mediocridad, de temor, de peligro para México, de usar cosas absurdas como igualar a Andrés Manuel López Obrador con Hugo Chávez. Al espíritu nacional, si es que existe, lo empequeñeció por la vía del miedo.

La de 2006 fue una campaña de cosas pequeñas; no fueron las dos grandes visiones sobre México que entraban en choque para que los mexicanos eligieran de nueva manera y de buena fe. Eso pasó porque Fox y los suyos no les tienen confianza, porque no son los suyos, porque son extranjeros para los mexicanos, tienen miedo a sus conciudadanos. Ven en el México normal lo que vieron los criollos en el siglo XIX: “las clases peligrosas”; la élite mexicana ya no quiso resistir en la ciudad de México después de la ocupación de 1847, porque le tenían más miedo a los pobres y a los *pelados* que a los gringos. Entonces los gringos son la salvación frente a la runfla de gentes pobres, horrorosas, negras, etcétera, que se levantan. Duro contra ellas. Es la misma visión que tienen hoy las élites acerca de los explotados; los consideran peligrosos cuando no está la estructura que los mantiene en su lugar. Entonces mejor no, no son nuestros iguales. Metieron el miedo y los manipularon.

Si estábamos transitando por una ruta que parecía democrática, o en la que la apuesta principal era la democracia, ¿qué dirías de lo que ocurrió en 2006 y esta transición mexicana que se interrumpió? No diría que se interrumpió, sino que se echó a perder. Son momentos irrepetibles, y ése fue el momento en que se debió haber ganado la confianza de la sociedad. *¿Pero se echó a perder la transición con Fox, durante el sexenio de Fox o en el trance de 2006?* En todo el proceso, porque el trance de 2006 es el trance de 2004, del desafuero y de la estúpida, irresponsable e increíble idea de que Marta Sahagún de Fox podría ser candidata. ¡Es alucinante! ¿Cómo esta señora va a hacerse cargo del país? Por eso empieza el choque con Andrés Manuel, por las encuestas de la señora Marta frente al señor AMLO y hay que deshacer a AMLO, pero deshacerlo no en buena lid, no

diciendo éste es nuestro proyecto y lo ponemos a consideración de ustedes para que decidan, éste es el país de todos nosotros, no. No se pudo eso, éste es el país de unos cuantos, eso es Fox, es el país de unos cuantos disfrazado de demócrata y luego nos dejan a Felipe Calderón, al "haiga sido como haiga sido"; esta frase sintetiza el espíritu de 2006.

Cerramos con Felipe Calderón y lo que está sucediendo hoy en México. ¿Qué balance haces de lo que ha pasado? Sobre todo si incorporas las elecciones intermedias, porque nos obligan a pensar lo que viene para 2012, este regreso del PRI a la mayoría absoluta. ¿Qué te dice Calderón, más allá del "haiga sido como haiga sido"? Es la misma mediocridad de Fox, sin esa parte extraña de ranchero. Pero hay un ingrediente que no se puede evitar en esta revisión, la militarización exacerbada y una violencia sin precedente... No veo ninguna contradicción entre la mediocridad y la militarización. La mediocridad de la clase política y del liderazgo echa mano de la institución de última instancia. Al caer las otras posibilidades se llega a la trinchera final, el Ejército, las fuerzas armadas, no hay más; detrás de ellos no hay nada. En las crisis, a la derecha siempre le ha gustado aparecer como la mano dura. A nadie en su sano juicio le da por vestirse de militar, siendo el presidente del país, en una República dirigida por civiles. No veo a Obama poniéndose un cuasi uniforme, porque ni siquiera era un uniforme completo, no estaba bien hecho, era una cosa lastimosa verlo así, pero a la derecha siempre le ha gustado la fuerza, es la mano fuerte: este país necesita disciplina, el Ejército. Y tuvo éxito al principio, porque la prensa, la radio y la televisión muestran a Calderón al lado del Ejército. En una sociedad que está desesperada, desesperanzada, de repente hay alguien que sí sabe por dónde va, nada de babosadas a la

Fox, vámonos a la carga, contra la trinchera enemiga, ¿y cuál es la trinchera enemiga?: el narco. En realidad, al mexicano común y corriente el crimen que le preocupa más no es el relacionado con el narcotráfico, sino con el asalto, con el robo en el micro, en las calles; contra éste no se fue, contra el enemigo del mexicano normal no se fue; se fue contra un enemigo muy extraño, que es producto de la vecindad con Estados Unidos y es difícilísimo acabar con él, porque la raíz del narco está en los dos países, tiene una patita allá y otra patita aquí; si le cortas la de aquí pero mantienes la de allá sigue nutriéndose. Los nutrientes están en las dos partes. Estados Unidos fue el que proclamó la guerra contra el narco en la época de Nixon, pero ahora la guerra que les importa es la de Afganistán.

Se dismanteló el régimen revolucionario pero no la estructura autoritaria, y eso es parte de la discusión sobre qué es lo que tenemos hoy, si nos salió o no nos salió la transición democrática. ¿Qué opinas? ¿Actores como el sindicato de maestros y las televisoras tienen ahora un papel mucho más protagonista? Son estos poderes no inteligentes. La derecha en México no es inteligente, es abusiva; una derecha inteligente vería la viabilidad del país en el largo plazo. Las televisoras ven a las televisoras, el banco ve al banco, pero no tienen la amplitud de visión, ni la generosidad. Creo que se necesitan las dos cosas para que una derecha sea inteligente, que vea el largo plazo y diga: "Yo no puedo tener éxito si no tienen éxito las otras áreas de la sociedad donde yo me muevo; no puede ser que yo vaya absorbiendo tales recursos y mi familia sea la segunda o tercera más rica del planeta, en una sociedad que no funciona, que está estancada, que es pobre. Yo, derecha inteligente, tengo que sacrificar parte de las ganancias de corto plazo, por las ganancias de largo plazo".

Eso es lo que la derecha mexicana no tiene. Los Azcárraga, los Salinas Pliego están preocupados por su mundo, su interés, y en el corto plazo están ganando, sin duda; lo que está hipotecándose es el largo plazo.

Ésa es la diferencia entre el político y el estadista. El político solamente ve para el día de mañana, el ejercicio del poder, el beneficio personal; el estadista ve más allá de lo que tiene en su espacio vital, generaciones adelante; lo mismo el gran empresario, o la gran clase dirigente en el sentido más puro del término. *Noblesse oblige* significa que justamente por los privilegios de la nobleza que yo disfruto, tengo unas obligaciones superiores a las de cualquiera y mi obligación está con los no nobles, con los plebeyos. Para mantener mi nobleza necesito ser solidario con los demás y que éstos lo sepan. Incluso en una sociedad de clases, brutalmente clasista, hay una responsabilidad de quien tiene privilegios, de quien tiene el mando. En México no se asume esa responsabilidad.

El año 2009 y la elección intermedia. Regresa el PRI 20 años después. ¿Qué nos dice todo esto? Es como si en Rusia dijeran que regresa el partido comunista de la Unión Soviética; algunos dicen, está Vladimir Putin, está la KGB, pero no es exactamente lo mismo; en nuestro caso sí es el regreso del PRI. **¿O nunca se fueron?** Eso es lo que dice Beatriz Paredes, "nunca nos fuimos". En 18 estados nunca se fueron, a nivel local no hay ningún cambio; en este momento hay lugares de la República donde el PRI lleva 80 años ininterrumpidos. El PRI está montado en las inercias, en una cultura que viene de la época colonial y del siglo XIX pero que ellos refinaron y recrearon. Y los oportunistas de derecha, que son los panistas, en realidad la criticaron de dientes para fuera, pero de dientes para dentro la asumieron, no la atacaron. Fox no quiso atacar

ESTE PROCESO
DE RECHIZO FUE LA
RAZÓN AL FINAL DE
LA IZQUIERDA
MEXICANA
PERO QUE
LA DERECHA
MEXICANA
NO SE
RECHIZO
Y
LA DERECHA
MEXICANA
NO SE
RECHIZO

al PRI, le pidió cogobernar el cambio, pero ¿cómo van a cogobernar el cambio los que por definición no quieren cambiar? El regreso del PRI es el indicador más claro del fracaso de la transición, porque el PRI debería ser historia; tenemos casi derecho y obligación de hacer que el PRI sea historia, pero ahora resulta que tiene futuro porque falló la otra derecha, la que se dijo democrática, pero era en realidad una derecha pusilánime, mediocre, miedosa. El PRI no tiene miedo y va a asumir el poder. Y en todo este proceso lo que se deshizo fue la izquierda, al final de cuentas la izquierda fue el cordero que sacrificaron. *¿Quién sacrificó a quién?* Todos lo hicieron y la sociedad mexicana también, por miedosa. Cuando una vecina dice que no va a votar por la izquierda porque el que hizo el segundo piso va a expropiar el segundo piso de todas las casas y se lo van a poner a todos los pobres de México, uno se pregunta quién es el imbécil que se lo cree; pues mi vecina, ella sí se lo quiso creer. Así que también es responsabilidad de esa sociedad, que tiene sus miedos y es mediocre, igual que la clase dirigente.

¿Y qué de Andrés Manuel López Obrador y su nueva circunstancia? Me llama la atención su tenacidad, el proyecto de crear un movimiento social. En México los movimientos sociales no podían subsistir, pues son por definición antagónicos al sistema autoritario, una de cuyas características es no poder tolerar la presencia de movimientos sociales independientes. O son movimientos creados por el sistema, o los tolera nada más un ratito y los desaparece. Un indicio de que ya no estamos en el antiguo régimen es que este movimiento lleva varios años, es independiente, es de oposición y tiene dos millones 300 mil personas registradas. Es un fenómeno inédito en México, una movilización sistemática que se agudiza en momentos críticos como el problema del petró-

leo y tiene éxito. Andrés Manuel como líder de un movimiento social es el mejor que hay ahora. Pero encara un gran problema para traducirlo en las urnas, y el problema son las televisoras, que ya lo vetaron. Si en algún momento pudieron haber jugado con la idea de que Andrés Manuel llegara a la Presidencia y después negociar y acortarlo, luego de 2006 no existe esa posibilidad. Ya dijeron: "O es él o somos nosotros".

¿Hoy ya es imposible hablar del sueño mexicano? Creo que la utopía es un ingrediente necesario para toda estructura social y política; el sueño no se puede alcanzar, pero el proponérselo como objetivo desata ciertas energías y permite ciertas audacias, aunque no se llegue a ese sueño te da la oportunidad de avanzar. La última utopía generosa fue la de Cárdenas; la utopía perversa fue la de Salinas.

La de Cárdenas fue la de hacer que los habitantes de un país que fue una colonia de explotación de España y, por lo tanto, donde casi todos nacieron destinados a ser explotados, recuperaran la dignidad perdida por sus ancestros, tuvieran orgullo de ser mexicanos y una vida medianamente digna. Por eso se les repartió la tierra; era un acto de justicia histórica por lo que había pasado mucho tiempo atrás. La utopía salinista era asemejarlos a Estados Unidos, una economía capitalista con grandes concentraciones de capital, y el resto más o menos con lo suficiente para sobrevivir y trabajar. Ninguna de las dos se llevó a cabo. *¿Cuál es la utopía para el México de hoy?* Entiendo la invitación que me haces; podría decirla, pero me traicionaría un poco. Ya no la tengo, ya no sé, no sé... *Tenemos que construirla.* Ya no tengo imaginación, se me fueron las ganas de imaginarla, porque si te la imaginas y medio la logras te queda un sabor positivo, pero si te la imaginas y no logras absolutamente nada, el sabor es muy ácido.

